

... TOMANDO LA CRUZ...

Vida de Damián

Entre las cruces que Damián debió asumir están los largos tiempos de soledad y de ausencia de hermanos con quienes compartir la vida y recibir el sacramento del perdón. Esta sensación estuvo presente ya en los primeros años de ministerio, en el distrito de Kohala, en el que durante meses no veía a ningún hermano. Esta soledad, en un contexto de miseria y de degradación moral, le resultaba a ratos insoportable. Así escribe a su hermano Pánfilo, desde Kohala, el 22 de septiembre de 1870: *“Mientras el misionero experimenta la asistencia de Dios de una manera especial, su corazón pide empero un tipo de asistencia externa de un hermano que arranque los oscuros pensamientos que le invaden por el contacto diario con un mundo caído.”*

Luego, la cruz de la reclusión en Molokai a la que la enfermedad obligó a Damián. Así escribe Damián a su hermano Pánfilo: *“Como era temporalmente el único sacerdote en la isla de Molokai, tuve que tomar como confesor a nuestro Señor, presente en el tabernáculo. Mi querido hermano, es tan sólo a los pies del altar que encontramos la fuerza necesaria en nuestro aislamiento. Allí te encuentro cada día, así como a todos los queridos padres de nuestra amada Congregación. Sin el Santísimo Sacramento, una situación como la mía sería insostenible. Pero con nuestro Señor a mi lado, estoy siempre alegre y contento”* (Carta de Damián a Pánfilo, 13 de diciembre de 1881).

La cruz de la relación de Damián con algunos de sus superiores. Sus relaciones fueron a menudo tensas, sobre todo cuando lo que estaba en juego, a juicio de Damián, era el bien de la misión. Régis Moncany, vice-

provincial de Hawái, escribía al Superior General, Marcellin Bousquet, sobre Damián a fines de 1879, diciéndole: “Sin poner en cuestión su virtud ni su celo, la formación en Lovaina nos ha entregado una vez más un sacerdote fallido. Sobre todo, él no tiene cerebro y adolece de buenas maneras.” (5 de julio de 1880).

Otra cruz fue el carácter de Damián que hacía a ratos la tan querida convivencia con los hermanos muy difícil. Ello se manifestaba, por ejemplo, en las diferencias de criterios y estilos pastorales entre Damián y el Padre Albert Montiton, de tal manera fuertes que Damián llega a pensar en abandonar la Isla de Molokai. Damián escribe a monseñor Koeckemann: *“Si mi actitud, que no es compartida por el padre Albert, tampoco le agrada, entonces dejaré con mucho gusto la isla de Molokai”* (Damián a Koeckemann, 31 de agosto de 1882)

La cruz de la enfermedad de la lepra. Damián la asumió con todas las aristas que ella conllevaba: dolores, confinamiento, progresivas limitaciones e impedimentos para el ejercicio de su ministerio entre los leprosos. La cruz formaba parte del seguimiento de Jesús.

“La terrible enfermedad que en este momento el Todopoderoso está permitiendo que aparezca exteriormente, ya la esperaba desde que puse el pie en el asilo de los leprosos, hace ahora trece años. La he aceptado voluntariamente de antemano. Espero que, gracias a las numerosas oraciones, nuestro Señor me concederá las gracias necesarias para llevar mi cruz tras Él, hasta nuestro Gólgota particular de Kalawao” (Carta de Damián a la hermana Marie-Gabrielle, Kalawao, 25 de marzo de 1886)

Siempre como discípulo, como Simón de Cirene, Damián ayudó a cargar la cruz de Jesús.

En una carta de Damián a su hermano Pánfilo, del 9 de noviembre de 1887, escribe: *“Ha sido del agrado del Señor confiarme el cuidado del bienestar espiritual de los infortunados leprosos desterrados en Molokai. Como ya sabes, hace tiempo que la Divina Providencia me escogió para convertirme en víctima de esta repugnante enfermedad. Espero permanecer eternamente agradecido a Dios por este favor. Me parece que esta enfermedad abreviará un poco y hasta hará más estrecho el camino que me conducirá a nuestra querida patria. En esta esperanza he aceptado esta enfermedad como mi cruz especial; trato de llevarla como Simón Cireneo, siguiendo las huellas de nuestro divino Maestro. Te ruego me ayudes con tus oraciones, para que me obtengan la fuerza de la perseverancia, hasta que llegue a la cima del Calvario.”*

A tus pies, Jesús

Aquí a tus pies traigo mi cruz que me cuesta asumir y trato de cargar con la entereza con tú lo hiciste.

También te traigo las cruces de mis hermanos, sus cruces que me confían y que ayudo a llevar como Simón de Cirene.

Aquí estoy también en nombre de tantos hermanos y hermanas que sobrellevan sus cruces con una fe profunda que deja al descubierto mi falta de fe y también de otros cuyas cruces son tan grandes que les hace desesperar de todo consuelo y alivio.

Al contemplarte en tu amor entregado por todos, ayúdame a sobrellevar mi cruz y la de mis hermanos, con un corazón confiado y esperanzado.

CONGREGACIÓN
DE LOS SAGRADOS ORAZONES
Via Rivarone, 85.
00166 Roma, Italia



...tomando la cruz...

“Jesús les dijo a todos ellos: – Quien quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien quiera perder su vida por mi causa, la salvará.”

(Lc 9,23-24)

Año de Damián - 2014

Guía de adoración
ADORACIÓN Y LOS POBRES